

Don Fer- recordar su habitual vida durante el
uciosamen- invierno madrileño. De allí surge un
recha a los programa, que casi siempre es el mis-
quedan en mo y que empieza por tomar un tran-
los distin- vía y concluye en un pueblecillo de
ra que los los alrededores, merendando y casti-
édito, y se gando otra vez al estómago. El, de
ambo a un buena gana no lo haría; pero ¡caray!
moda. ha ido en plan de perfecto veranean-
puente de te y tiene que hacer lo que todos.
a sus an- Cena, se mete en el casino muy ves-
Madrid, tido con "smoking" y camisa plan-
lo foro y chada, y suda hasta la madrugada,
muy bien. en que se va a acostar, y aparte de
te en la las pulgas, que suelen hacer acto de

egido que
gido cen-
a que en
ajar nos
los car-
gente en
esto es
capta a
de ha-
alón de
y medio
sociedad
pueblo
tada de
licio, la
puerto
al mesa
rato,
le bu-
Carlos
es su-
rse en

rena"
que lo
tarde
s, con
en so-
a una
y allí,
sobre
arrue-
ma",
nda...
ame-
acien

presencia, duerme tranquilo hasta
las doce o la una.

El veraneo de don Fermín no pue-
de ser mejor, y en la lucha contra
el calor que sintió en Madrid, el hom-
bre ha salido triunfante. Allí suda
de otra manera y pasa otro calor,
porque está de perfecto veraneante.
Cuando regresa a la corte cuenta las
exceleacias del veraneo, y si alguien
le pregunta por el mar, replica inge-
nuamente: "¡Ah! Pero ¡allí hay
mar!"

No ha tenido ni la curiosidad de
verlo.

Trapantojos

Por R. G. DE S.

El miedo al porvenir—

El flaco Alejandrino tenía mucho
miedo al futuro. Quería guardar co-
sas en especie para defenderse el
día en que el dinero no valiese nada.

¿Qué cosa podré conservar que no
se deteriore, ni se corrompa y que
pueda durarme años y años en mis
sótanos?

¿Jamones? Jamones, no, porque se
entrichinarán al cabo del tiempo.

¿Latas de sardinas? Tampoco, por-
que se les secará su aceite y llegará
un día en que sólo estará la raspa
en el fondo de la caja.

¿Onzas de chocolate? Lo consultó.
Pero resulta que también el choco-
late se apolilla y se disuelve en cuan-
to pasa tiempo.

Nada comestible aguantaba el
tiempo. Pero él quería imponer su
dinero en una remanencia segura, de
la que pudiera disfrutar el día en
que el dinero no valiese nada. En
vista de eso compró una zapatería en
traspaso, y así tendría asegurado el
calzado para siempre—¡pero cuántos
pares que no eran de su número ten-

dria que regalar!—y también compró
una bodega, pues el vino ganaría a
medida que pasase el tiempo y siem-
pre por una buena botella habría al-
guien que le daría un buen pedazo
de carne y otros unos kilos de pan.

Pero, el hombre, con miedo al por-
venir, se dió a la bebida y ha muer-
to antes de que llegase el porvenir
que esperaba. ¡Pobre previsor!

El hombre que se tragaba el desper- tador—

El madrugador llegó a perder la
sensibilidad del reloj despertador y
llegaba tarde a su empleo, que con-
sistía en relevar del servicio a los
que han estado despierto toda la no-
che. Su misión comenzaba a las 5
de la mañana.

Llegó a comprar el tercer desper-
tador que mató por explosión me-
ningea al héroe de uno de mis «Ca-
prichos».

Contra este hombre acorchado por
el madrugador, fueron inútiles hasta
los despertadores con cinco campa-
nas y que suenan una hora repitien-